

Consejo Directivo

«Siento que el traductor público no tiene límites impuestos»

La traductora pública Alide Drienisenia cuenta en esta entrevista en qué consiste su papel en el Consejo Directivo del CTPCBA y se refiere a su interesante formación en la traducción jurídica y en la lengua francesa. También habla de su vasta trayectoria, de sus proyectos y de su amor por los animales.

Usted es traductora de francés, ¿cuándo nació el interés por esta lengua?

¡Qué difícil es no caer en un cliché cuando del francés se trata! Pero no tengo forma de evitarlo: fue amor a primera vista. En el colegio secundario, me tocó francés por sorteo y desde la primera clase amé la lengua de Molière y quise saber más y más, impregnarme de su cultura, sus costumbres. Luego empecé en la Alianza Francesa, donde cursé ocho años. Eran tiempos en los que no existían ni internet ni la globalización, por lo que conseguir material en francés era prácticamente una quimera, pero jamás claudiqué, como tampoco lo hice frente a todos los que me decían que me convenía más invertir mi tiempo en otro idioma —obviamente, el inglés—. Mi pasión por este idioma me permitió persistir en mi voluntad y hoy puedo vivir de lo que más me gusta, lo que es un privilegio.

¿Cuándo vislumbró que la traducción era su vocación?

Ya en la Alianza, cuando tuve que elegir en qué rama iba a realizar los *hautes études*, me decidí por traducción e interpretación. Mi método de estudio fue y sigue siendo la traducción. Me apasiona encontrar el equivalente en las dos lenguas y en lo personal me ha servido mucho en el estudio de la lengua propiamente dicha, para fijar conceptos y expresiones, a pesar de que los profesores están en contra de este método; o lo estaban, quizá ahora algo cambió.

Cuando decidí que mi carrera universitaria iba a volcarse al francés, nunca consideré otra disciplina que no fuese la traducción. Elegí la traducción pública porque siento que el traductor público no tiene límites impuestos; es el único que puede traducir y firmar cualquier documento sobre todas y cada una de las temáticas para las que se haya preparado, y eso me resultó muy atractivo. De hecho, yo misma he ido incorporando distintos campos de especialización a lo largo de mi profesión, solo tuve que capacitarme en la especialidad correspondiente.



¿Dónde estudió el traductorado? ¿Qué recuerdos guarda de esa época?

Estudí la carrera de grado en la Universidad del Museo Social Argentino (UMSA). Ingresé en 1998 y egresé a finales de 2001. Tengo los mejores recuerdos de esa etapa y la dicha de conservar amigos entrañables de esa época. Éramos un grupo de cinco, que para francés no es poco, y a mi juicio éramos como «los cinco mosqueteros»; digo esto porque compartíamos los mismos principios, era un grupo sumamente solidario y el ambiente de camaradería que se respiraba entre nosotros era tal que, por más que viniéramos cansados —muchos de nosotros trabajábamos varias horas—, siempre vivíamos las clases con alegría, siempre había uno que nos había tomado los apuntes si llegábamos tarde o si no habíamos podido ir. Con la mayoría de los docentes teníamos también una relación excelente y vivo con mucha pena que la carrera se haya cerrado en la UMSA, que solo haya subsistido el traductorado de Inglés. Los profesores de Francés de la casa eran realmente un lujo.

Es cierto que fue una etapa difícil, tanto a nivel personal, ya que combinar trabajo y estudio y respetar la meta de recibirse en cuatro años implica una exigencia significativa, como a nivel nacional, porque los últimos finales de la carrera los rendí en medio del lamentable caos que vivió el país en diciembre de 2001. Sin embargo, mi mente solo evoca momentos de felicidad cuando pienso en esa etapa.

¿Cuándo se vinculó con el mundo laboral de la traducción?

Comencé a vincularme desde el momento en que empecé la facultad. No trabajaba profesionalmente, pero ya estaba preocupada por el panorama profesional y —¿cuándo no?— mi inserción laboral. Cuando me recibí, entré a una empresa francesa en la que trabajaba como traductora interna. Una experiencia muy enriquecedora a nivel profesional, pero que solo duró algo más de un año, ya que en 2004 mi vida personal me llevó a radicarme en Barcelona junto con mi marido, por lo cual tuve que renunciar a la empresa para cumplir un gran sueño, que era vivir en Europa.

En Barcelona tuve la oportunidad de acercarme al mercado europeo de la traducción. Allí hice dos posgrados, uno en traducción y tratamiento informático, en la Universidad Pompeu Fabra, y otro en traducción jurídica, en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ambas experiencias fueron un antes y un después en mi carrera profesional, porque me abrieron la puerta a un mundo que desconocía y me permitieron acceder al mercado europeo, entender sus características y comparar realidades. Sin duda, los cuatro años que viví en Barcelona son un pilar fundamental en la carrera que he venido construyendo.

¿Cómo nació su interés en la traducción especializada?

Como dije antes, una de las características más interesantes de nuestra profesión es que no tiene límites. Un traductor puede fijarse una especialidad y —previa capacitación en el área— puede empezar a remar en esa dirección. El verbo remar no fue elegido al azar, obviamente, porque de eso se trata; nadie dice que es fácil, pero con perseverancia se puede llegar al destino elegido.

En mi caso, por cuestiones laborales empecé a dedicarme a la traducción jurídica. Fue mi primera especialización y, si bien contaba con la base de la facultad, realmente profundicé mucho más el estudio durante la primera etapa de mi carrera profesional. Luego, la demanda de los clientes me llevó a un gran amor: la farmacia. Durante ocho años antes de recibirme, trabajé en la industria farmacéutica, por lo cual es un campo que conozco en primera persona y al que hoy en día me dedico en gran medida.

Los traductores tenemos la bendición de poder conocer varios universos, de sumergirnos en disciplinas desconocidas, de alimentar permanentemente nuestra cultura general mientras trabajamos. Es una característica de esta profesión que considero maravillosa. Solo necesitamos ser curiosos, pero, si no existe la curiosidad de nuestra parte, es muy difícil que esta posibilidad de navegar por diversos mundos se viva con placer.

¿Cuándo y cómo se vinculó al CTPCBA?

Aun cuando vivía en Barcelona, estaba muy pendiente del Colegio. Si algo me sirvió para valorar el privilegio que tenemos los traductores públicos argentinos al tener esta institución que nos nuclea, representa y protege fue vivir en un país como España, en el que no existe un Colegio de Traductores. Es una realidad muy difícil para los colegas.

Cuando regresé a Buenos Aires, decidí inscribirme en la Comisión de Francés, porque realmente las actividades relacionadas con ese idioma habían prácticamente desaparecido del Colegio. Así fue como empecé a trabajar con ahínco en el seno del grupo liderado por Beatriz Rodríguez y realmente hoy veo con orgullo como ese grupo, que se mantiene con el paso de los años, aportó su granito de arena para que el francés tenga un lugar en las actividades de capacitación y una presencia en nuestra revista y a nivel de la institución. Luego me sumé a la Comisión de Área Temática Jurídica, que también viene realizando un trabajo sostenido y comprometido desde hace más de cinco años.

¿Qué la motivó a participar de la gestión del Colegio?

Cuando la lista Renovación con Trayectoria me convocó para ocupar un puesto en el Consejo Directivo, confieso que me tomé mucho tiempo para pensarlo. Si bien hacía varios años que venía trabajando en el grupo, asumir el compromiso del Consejo Directivo implica renunciar a muchas horas de nuestras vidas, ya que la gestión del Colegio podría definirse como una semirrecta, es decir que tiene principio, pero no tiene final. Luego de meditarlo largamente, decidí sumarme a este gran grupo de trabajo que viene gestionando desde hace ya seis años y poder brindar un aporte al Colegio desde la conducción.

¿Cómo definiría el grupo de trabajo actual?

Es un grupo heterogéneo, lo cual a mi juicio es muy enriquecedor. Nos une un hilo conductor en común, que es hacer lo que creemos mejor para el Colegio, pero muchas veces disintimos o tenemos puntos de vista diferentes. Creo que es justamente eso lo más positivo para la gestión, porque nos permitimos conocer y entender los planteos de los demás miembros y es en el diálogo donde se suscitan las mejores ideas.

>> «Siento que el traductor público no tiene límites impuestos»

¿Qué funciones cumple en el Consejo Directivo?

El Consejo me ha designado como consejera a cargo del Departamento de Capacitación y Eventos. Se trata de un gran desafío, ya que el Colegio es un referente a nivel nacional, y me atrevo a decir latinoamericano, en lo que respecta a la capacitación en nuestra área. Desde que asumí, trabajo codo a codo con el Departamento, cuyo gerente es Leonel Amendolara, y juntos conformamos un equipo para tratar de cubrir todas las necesidades de los traductores y estudiantes; no solo respecto de las áreas de conocimiento, sino también de las modalidades de dictado, los horarios y demás cuestiones para brindar un amplio acceso a la oferta de formación.

Me he encontrado con un sector sumamente organizado y comprometido con su trabajo, por lo cual integrarme no ha sido difícil en lo absoluto.

Entre las acciones más significativas que hemos incorporado, se pueden distinguir una nueva modalidad de cursos dictados a distancia por la gran demanda del interior y del exterior, un incremento de la difusión de nuestras actividades y las especializaciones anuales en diferentes campos, que han sido muy apreciadas por los matriculados. Nuestra idea es seguir trabajando en esta línea para que todos podamos acceder a una capacitación de calidad, que es vital a lo largo de todo nuestro recorrido profesional.

¿Cuáles cree que son los principales desafíos del traductor público de hoy?

El traductor público de hoy se tiene que adaptar a las condiciones de un mundo globalizado. Es cierto que esto afecta a todos los profesionales, pero nosotros tenemos la particularidad de poder trabajar a distancia, de ahí que la adaptación resulta capital. Si bien, quizá, el ámbito de la traducción pública pura y dura es nacional, un traductor público no solo hace traducciones públicas y actualmente en ese campo se encuentra ante un mundo sin fronteras. Los que recién se inician en la profesión tienen que conocer de herramientas informáticas y de traducción asistida para poder competir. Aquellos que ya están insertos en el mercado pueden continuar, quizá, sin estos adelantos, pero para comenzar son inevitables. Estas herramientas constituyen al mismo tiempo una ventaja invaluable con la que no contaban nuestros antecesores, pero implican un conocimiento que se debe adquirir paralelamente a la carrera de traducción.

¿Cómo se lleva con las nuevas tecnologías, cuáles son sus herramientas preferidas y necesarias?

La tecnología no es lo mío, pero me tuve que adaptar para permanecer en el mercado. Yo pertenezco a lo que denomino una generación intermedia entre la generación que

ya nació en la era de internet y la que me antecede, que no vivió la era informática hasta bien avanzada su carrera profesional. En el posgrado que hice sobre traducción asistida, pude ver un pantallazo de las herramientas de traducción asistida que existían en aquel momento y me decidí por Trados. Me cuesta mucho seguir el ritmo del avance de la tecnología, a veces siento que es correr todo el tiempo atrás de una «zanahoria» inalcanzable, porque, no bien aprendo algo y lo domino, ya sale una nueva versión y todo comienza desde cero. Esta percepción es, justamente, porque no es un área cuya investigación me resulte placentera. De cualquier forma, hago el intento a mi ritmo, sin zambullirme en el frenesí de las últimas versiones de aparatos y programas especializados, pero viendo día a día qué puedo incorporar para un mejor rendimiento en mi trabajo.

¿Qué le diría a un joven que se inicia en esta profesión?

En cuanto a la carrera de Traductorado Público, que debe ser curioso y perseverar en aquellas áreas que le interesen, que debe capacitarse permanentemente tanto en el ámbito de la traducción como en el de las disciplinas asociadas, la informática aplicada a la traducción, la lengua de la especialidad y en todo lo que sienta que debe conocer para sumar calidad a su trabajo.

En cuanto a la inserción laboral, es un camino difícil, como en todas las profesiones, pero como siempre decimos en la Comisión de Traductores Noveles, que tengo a cargo junto a Damián Santilli, es posible vivir dignamente de la profesión, cobrando tarifas justas y sin venderse al mejor postor ni regalar el trabajo. Por la parte que nos toca como traductores públicos profesionales, debemos asumir el compromiso de procurarnos lo necesario para poder ofrecer una traducción de calidad y buscar el modo de llegar a los mercados que nos interesan.

Para finalizar, hablemos de su vida personal. ¿Cuáles son sus gustos, a qué dedica su tiempo fuera del mundo de la traducción?

Estoy en pareja hace catorce años y con mi marido somos apasionados de los viajes, así que, cada vez que tenemos la oportunidad, nos vamos a recorrer nuevos y viejos destinos. Lo de «viejos» es porque París es un destino que trato de incluir siempre que puedo en mis viajes, aunque sea unos poquitos días, pero no voy a dar la razón, porque ya empecé con un cliché y no quisiera terminar con otro. Mi tiempo fuera del mundo de la traducción se reparte entre familia y amigos, y también trato de colaborar en las causas que involucran a los animales. Soy amante de los animales, tengo tres gatos y, en lo poco que puedo, colaboro con esta causa en la que queda mucho por hacer. ■